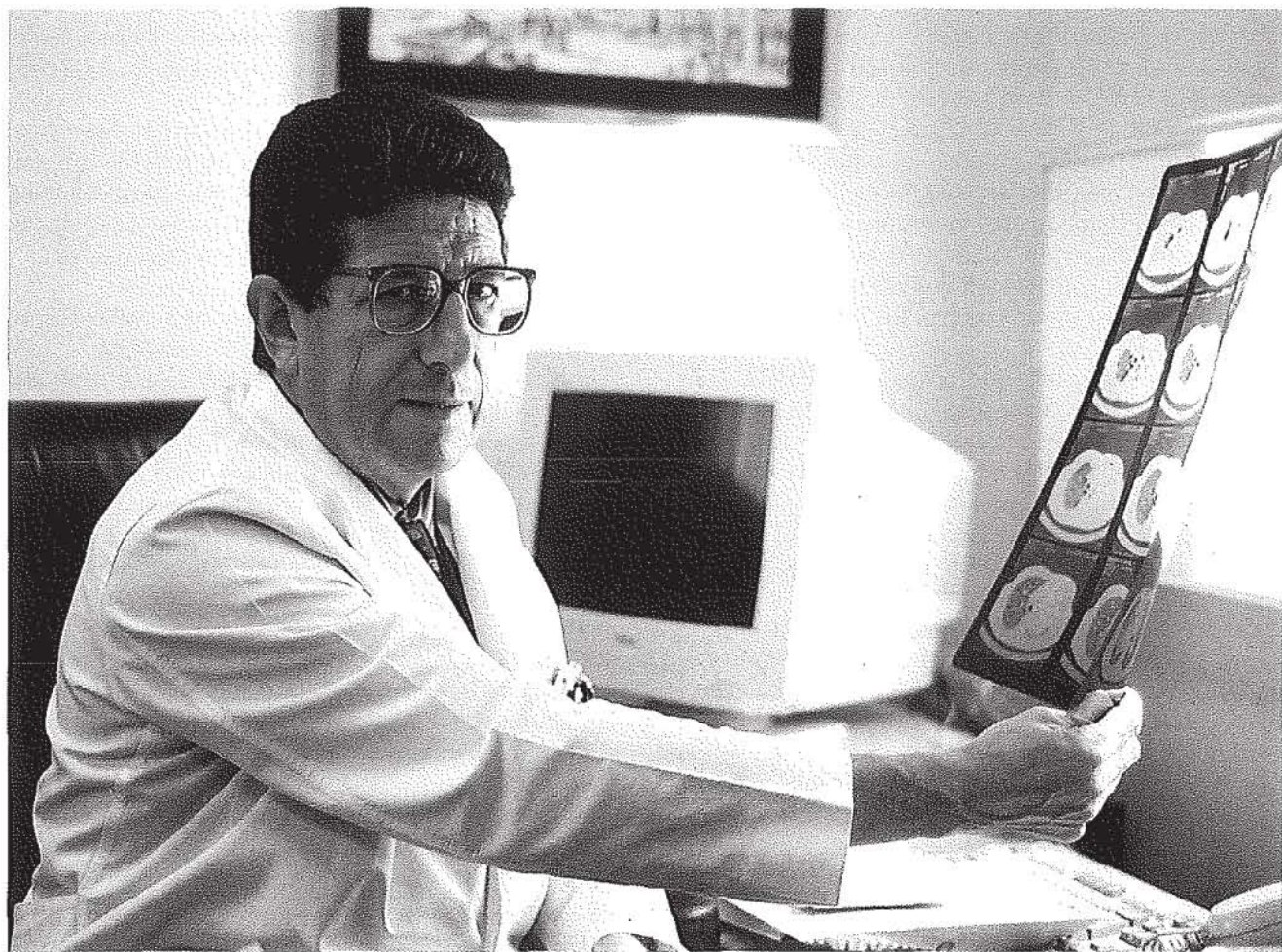


Adiós a un amigo. En memoria de Paco Lecumberri



Dr. Francisco Lecumberri, Director del Servicio de Radiología de la Clínica Universitaria.

El pasado día 7, y en el silencio de la madrugada, sin hacer ruido, sin despertar a los suyos, Paco Lecumberri iniciaba su último viaje. Hombre de fe profunda, había asumido en los últimos meses que, entonces más que nunca, estaba en las manos de Dios. La medicina, su medicina, no conseguía restablecer aquella salud que había empezado a dar los primeros signos de debilidad mientras jugaba a pelota en el frontón de su pueblo, Salinas. La víspera de su fallecimiento estuvo todo el día trabajan-

do. A la mañana dictando las clases del próximo semestre, por si él no podía llegar a darlas. «De esta manera no les resultará tan complicado». Por la tarde, como siempre, informando scanners, respondiendo a cuantas consultas le hacían —«Paco, ¿qué te parece esta placa que ha traído un enfermo?»—, resolviendo las dudas de la gente de su Servicio... Y todavía le dio tiempo, a última hora de la tarde, para realizar alguna exploración él mismo.

Estamos seguros que estos últimos meses cuando, de

una forma discreta para no alarmar a su gente, se iba dedicando a ordenar la gran cantidad de material iconográfico que tenía en su despacho, habrá repasado muchas veces sus años de médico desde que en 1967 terminó su carrera. Muy pronto, al año siguiente, consiguió la plaza de titular de Los Arcos. Allí se fue con su mujer, Mari Cruz siempre a su lado, sin que casi se le notase pero «estando», a dedicarle a la medicina, mejor a la gente del pueblo, las 24 horas del día de los siete días de la semana. El bagaje médico que llevaba era lo que en el pabellón F del entonces Hospital Provincial había tenido el privilegio de aprender junto a ilustres maestros de la medicina como los Profesores Ortiz de Landáuzuri y Bueno. Su bagaje humano era la ilusión de ser un buen médico de pueblo, ¡ahí es nada! Y pensamos que nunca, en los largos años de profesión, dejó de serlo. Todavía hace pocos días nos insistía en lo importante que era explorar adecuadamente a los enfermos, él que había sido un auténtico pionero en sofisticados métodos de exploración radiológica. Recordaba cómo fue capaz de diagnosticar tres leucemias agudas conjugando sus conocimientos semiológicos con su saber teórico y, sobre todo, con su forma de saber escuchar al paciente y valorar adecuadamente el relato de sus síntomas. La atención al enfermo y la valoración de la historia clínica eran dos auténticas obsesiones para él. Una de las características más significativas de Paco Lecumberri ha sido el ser capaz de observar cosas, descubrir signos y síntomas y después relacionar estas observaciones. Esto es lo que siempre ha caracterizado a los grandes hombres de la medicina.

Pronto se puso en evidencia otro de sus rasgos característicos, el afán de superación a base de esfuerzo personal. Paco Lecumberri llegó a alcanzar, pese a las dificultades, las metas que se propuso. A comienzos de los 70, sin dejar Los Arcos, empezó a frecuentar el Hospital Militar para iniciar el aprendizaje de los secretos de la Radiología de la mano del Dr. Alejandro. Era complicado compaginar ambas actividades y decidió venirse a Pamplona, obteniendo para ello una plaza de médico adjunto en la UCI de la Residencia Virgen del Camino. Allí estuvo sólo un año, ya que en 1974 se incorporó al Servicio de Radiología de la Clínica Universitaria donde ha permanecido a lo largo de 24 años, los cinco últimos como Director del Servicio.

El mundo de la Radiología constituyó enseguida un reto importante para él. En esos momentos comenzaba el desarrollo de la ecografía y en él se integró con fuerza hasta ser un experto, gracias a una autoformación acelerada con salidas puntuales a centros con más experiencia. Pronto llegaría la tomografía axial computarizada y, rápidamente, se dio cuenta que este procedimiento iba a

revolucionar el diagnóstico radiológico. A lo largo de los años, y con esfuerzo y constancia personal, consiguió ser un verdadero maestro. En 1990 culminó su Tesis Doctoral sobre el valor de esta técnica en el estadiaje y pronóstico de la enfermedad de Hodgkin, trabajo que constituye un auténtico ejemplo de lo que debe ser la investigación clínica. Sus participaciones en congresos y reuniones científicas se convirtieron en lecciones magistrales. Pronto, el scanner de la Clínica Universitaria pasó a ser un lugar de referencia a nivel nacional al que acudían colegas de todo el país para pasar una temporada a su lado. Gozaba de una rara habilidad para leer las imágenes y como además estudiaba mucho, —cuántas horas ha robado a la noche para dedicárselas a la medicina—, era difícil que se le escapara un diagnóstico. Para él cada exploración era única y a ella se dedicaba en cuerpo y alma. Quizá porque estaba acostumbrado a ver las lesiones a través de las imágenes, no entendía bien que el clínico no tratase de encontrar la causa de todos y cada uno de los síntomas del enfermo. Tenía un afán casi obsesivo por la objetividad, un gran empeño por llegar a conocer la verdad, una capacidad de trabajo fuera de lo común y una ilusión apasionada por la obra bien hecha. Además, dedicaba muchas horas a resolver dudas y preguntas de colegas radiólogos y no radiólogos. A menudo los clínicos acudíamos a él, que siempre estaba disponible, como la última oportunidad de diagnóstico de un enfermo que se nos iba de las manos. Entonces surgía la conjunción de clínico y radiólogo y nos daba la luz suficiente para el diagnóstico. Se puede decir que Paco Lecumberri era un maestro de la medicina, no sólo de grandes ocasiones sino del día a día. Como buen profesor universitario realmente disfrutaba enseñando. Tenía una enorme capacidad para transmitir sus conocimientos a compañeros, residentes y alumnos.

Toda la trayectoria profesional de Paco Lecumberri ha sido una demostración, y por tanto un ejemplo para los que hemos tenido la suerte de conocerle, trabajar a su lado y ser sus amigos, de lo que se puede conseguir con la entrega y el esfuerzo personal. Esta forma de entender y practicar la medicina debe seguir siempre viva entre nosotros. Posiblemente éste sea el mejor tributo que podamos ofrecer a su memoria.

En los amigos, en las partidas de mus, en los partidos de pelota del frontón de su pueblo y en su familia, sobre todo en su familia, —qué gusto daba oírle hablar con sano orgullo de sus hijos—, encontró el descanso por una parte y la fuerza necesaria para toda su gran obra. Descanse en paz.

Andrés Purroy y Eduardo Rocha